

do todo el material de guerra y la proveeduría existente en el segundo punto. Se ordenó también al general Lombardini que contramarchara con la brigada del general Rangell (denominada de reserva), para la Ciudadadela en número de dos mil infantes, llevando consigo algunos carros de parque, y lo efectuó por el Puente de Panzacola, á entrar por la garita del Niño Perdido. La brigada ligera, á las órdenes del general Pérez, se retiró por Coyoacán al Puente de Churubusco, para seguir después á la Candelaria, en número de 2,500 infantes.

Puesta la infantería en marcha, el general Santa-Anna con su estado mayor y los regimientos de húsares, ligero de Veracruz y restos de caballería de la división del Norte, á las órdenes de los generales Jáuregui y Torrejón, tomó el sendero de la última brigada, al observar que los americanos empezaban á penetrar en San Angel. Cuando llegó á Coyoacán, hizo alto, hasta que estuvo reunido el último soldado.

Los enemigos seguían en alcance de nuestras fuerzas por la misma ruta, batiéndolos en retirada, y ellas la continuaban de prisa, en tropel, azuzadas por las descargas de las columnas americanas que las seguían de cerca, y á las que no oponían ninguna resistencia; y en este estado pasaron por el convento de Churubusco, en donde hallaron á los generales Rincón y Anaya, con los cuerpos de Guardia Nacional, Independencia y Bravos.

El general Santa-Anna dió orden verbal á los primeros, de conservar el punto á todo trance. Tan dignos defensores imitaron en esta vez el heroico ejemplo del valiente capitán, á quien en la guerra de Vendea, dió orden el general Kleber de que se defendiera á toda costa para salvar al ejército, y que no vaciló en sacrificar su vida, llevado de un patriotismo que merece los mayores elogios.

Mientras pasaban estos sucesos, el general Worth, por orden de Scott, atacaba á San Antonio; y como las fuerzas que había en aquel punto empezaban ya á retirarse, conforme á lo prevenido por el general Santa-Anna, no se hizo una resistencia obstinada, sino que únicamente se procuró detener á los enemigos, mientras se ejecutaba la retirada de las tropas á la capital. En San Antonio quedaron dos piezas de artillería, una por falta de mulas, y otra por estar atascada: también cayó en poder de los americanos una gran parte del material de guerra.

Los jefes que quedaron sosteniendo la retaguardia, fueron el general Perdigón y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por entre los potreros. Worth, vencido aquel obstáculo, siguió adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

Por una mala combinación, la división que venía de Coyoacán, se encontró al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de San Antonio, perseguida por las fuerzas de Worth, que la daban alcance, después de haber arrollado como se ha dicho en el párrafo anterior, á los batallones Nacionales de Lagos, Acapulco y otros piquetes, que quedaron en las obras de la derecha, haciendo una defensa heroica, aunque estéril.

El general Santa Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puente, protegida por las compañías de San Patricio y el batallón de Tlapa.

El tránsito estaba obstruido por dos carros de municiones: por encima de ellos, por entre las ruedas, por los pies de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada en la calzada de San Antonio la mayor parte del parque que con actividad había procurado salvar el general Alcorta; pero el general Santa-Anna previno no pasara por el Puente ningún carro, hasta que lo verificase la tropa toda, procedente de los dos rumbos, y esto dió lugar á la pérdida de tantas municiones. Desesperando salvarlas el general Alcorta,

se retiró el último de la calzada, al ver que el enemigo penetraba por ella. En estos momentos, las fuerzas de Worth, al abrigo de los carros del parque abandonado, avanzaron sobre el Puente. El general Santa-Anna que lo notó, mandó contramarchar á la brigada Pérez, la cual volvió pocos momentos después, continuando la demás fuerza para la capital, guiada por el cuartel maestro del ejército. Situó al 1.º ligero en la cabeza del Puente, y á su izquierda al 3.º, 4.º y 11.º, sirviéndoles de foso un arroyo que pasaba á su frente.

El enemigo avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos: nuestra artillería é infantería, con una granizada de balas la despedazan y hacen vacilar: uno de nuestros cañonazos incendia á la vez dos de los carros del parque, abandonados frente á la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

Los americanos forman una nueva batalla frente á la posición, y se hace general el combate. Dos líneas de humo se marcan en el aire; dos rastros de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Gayoso, del 1.º ligero, manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido. El convento de Churubusco parece un castillo: su costado derecho y el frente están inflamados por llamaradas opacas. Mandan sus defensores por parque: el general Santa-Anna les envía un carro de los que quedaron embarazando el paso, y por refuerzo á las compañías de Tlapa y San Patricio. El general Alcorta reconoce toda la línea: D. Antonio Haro, D. Agustín Tornel, D. Juan José Baz, D. Vicente García Torres y otros dignos oficiales, transmiten órdenes del general en jefe, y llevan á la línea algún parque conseguido con dificultad.

Una nueva columna enemiga se interpone entre el Puente y el convento, amagando envolver las dos posiciones. El general Santa-Anna toma el 4.º ligero y parte del 11.º de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un cuarto de legua á retaguardia, con el objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la calzada; circunda su pie con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del Puente, porque los americanos se dirigen á la derecha, siguiendo á los que les precedían. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de San Antonio. Pérez le manifiesta que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia, se desbandan sus soldados en todas direcciones, tomando algunos la del Peñón. Los enemigos se apoderan del Puente sin más resistencia, y cañonean á los fugitivos con su misma artillería, abandonada allí por la desaparición de los armones y tiros de caballos.

En Portales se redobla el ataque: los americanos avanzan; derrámanse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve á este punto con los húsares, Veracruz y restos de la caballería del Norte: redobla sus esfuerzos para hacerla cargar, y se toca á degüello. Al partir, encuentran una pequeña zapa, que declaran obstáculo, y con este pretexto contramarchan.....

El general Santa-Anna con su estado mayor y el general Alcorta se retiran también de este punto, que aún queda batiéndose. Se incorpora á la caballería, y desesperado, da de latigazos á varios oficiales que huían. En la calzada se ve un desorden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan. Los dragones americanos montados en frisonos ligeros, alcanzan á nuestra retaguardia, y aumentan el espanto acuchillando á los que encuentran á su paso.

Llega el general Santa-Anna á la garita de San Antonio, y tras él nuestros restos despedazados, mezclados con algunos dragones enemigos, ébrios de sangre. Se disparan en ella cañonazos á metralla, y sesenta infantes

que cubren su entrada, rompen un fuego graneado sobre la calzada, alentados por la presencia de los generales Santa-Anna, Alcorta y Gaona, que se los mandan.

En este momento penetra por un lado de la muralla un oficial americano, con uniforme azul, montado á caballo, con espada en mano, descargando tajos; cae herido sobre la esplanada: muchas espadas se desnudaron para matarlo; pero otras también lo hicieron para defenderlo al verlo caer. Se levantó desarmado, pero radiante de valor, y sonriendo de felicidad á las puertas de la capital. El fuego cesa, porque desaparecen en la calzada todos los objetos: muchos de nuestros soldados fueron muertos por sus mismos compañeros, al aproximarse á esta barrera fatal, confundidos con los enemigos.

Eran las cuatro de la tarde: el combate había empezado á las once: transcurre aún otra hora de mortal espera, en la que aún se perciben ecos lejanos de artillería por Portales y Churubusco. Vuelven á la garita varios nacionales y soldados, á quienes habían retirado al interior de la ciudad. La tarde está pardeando: la naturaleza parece en armonía con la fatal catástrofe acaecida. Oscurécese el horizonte por nubarrones inmensos, que arrojan torrentes de agua sobre nuestros tercios vencidos: la noche envuelve como una gaza negra, en señal de duelo, á la desgraciada capital de la República.

Se escucha en medio del turbión el compasado andar de silenciosos soldados, que desalentados por el vencimiento, y rendidos por la fatiga, se retirarán á sus cuarteles por disposición del general Santa-Anna, dejando en la garita solamente una pequeña guarnición.

Á las nueve de la noche reina ya en las calles de México el silencio de la muerte, interrumpido sólo por el galope del caballo de algún ayudante que trasmite las órdenes, ó por la voz de algún centinela que gritaba: "¡Alerta!"

Churubusco (Acción del Convento de). El ejército americano acababa de alcanzar su primer triunfo en el valle de México, sobre la división del Norte, mandada por el general Valencia; y en las primeras horas de la mañana del 20 de Agosto se preparaba á abrirse paso desde el campo triunfal de Padierna hasta la capital de la República.

Á la retirada del ejército derrotado siguió, por orden del general en jefe, la de las fuerzas que cubrían los puntos más avanzados de nuestras fortificaciones por el rumbo del Sur; y mientras la mayor parte se replegaba á México, y otra muy corta resistía á los enemigos en Zotepingo y San Antonio, los defensores del convento de Churubusco se disponían á sostener una acción, que les ha merecido una recompensa honorífica y la gratitud nacional.

Pero nuestras pasiones políticas, que todo lo envenenan, se han cebado también en ese suceso memorable; y la defensa del convento de Churubusco ha llegado á ser un hecho controvertido, materia de polémicas y cuestiones de partidos.

Nosotros no entraremos en ese terreno vedado: constantes en nuestro propósito de no enconar los odios, ni parcialmente los acontecimientos, y su simple relato bastará para que los hombres imparciales formen un juicio exacto de aquella función de armas, y califiquen hasta qué punto son merecidos los elogios de los mismos enemigos, que obtuvieron allí un triunfo sangriento y costoso.

Ya hemos visto en otro lugar cómo la mayor parte de la Guardia Nacional del Distrito, que formaba la quinta brigada, á las órdenes del general D. Pedro Anaya, después de haber permanecido en el Peñón hasta el día 17, emprendió la marcha para el punto avanzado de Churubusco. Permanecieron luego allí los batallones de Independencia y Bravos; y los de Hidalgo y Victoria, no sin representar contra el funesto plan de aislar nuestras fuerzas, pasaron á San Antonio, cuya defensa se encomendó

al general de división D. Nicolás Bravo, quedando la de Churubusco á cargo del de igual clase D. Manuel Rincón.

Cuando el ejército de Scott atacó en Padierna el 19 de Agosto á la división del Norte, el estallido del cañón que interrumpía el silencio majestuoso del valle de México, avisó á los defensores del convento que había llegado el momento de combatir por la salvación de la capital. Las tropas de Churubusco estuvieron todo aquel día en la incertidumbre congojosa que les hacía temer un suceso desgraciado; y cuando el fuego cesó al caer la noche, inciertos todavía del éxito de la batalla, esperaron ansiosos la luz del nuevo día, en que iban á decidirse los destinos de la patria.

Eran las siete de la mañana del 20, cuando á un tiro-teo lejano sobre las lomas de Padierna, bastante perceptible y empeñado, sucedió una ligera y silenciosa pausa, anuncio funesto del descalabro que en aquellos momentos sufría la división más florida de nuestro ejército. Poco tardaron en empezar á correr las voces desconsoladoras que afirmaban la derrota, y que introducían el desaliento y la confusión en los soldados que las percibían. Sin embargo, las tropas de Churubusco se apresuraban á obedecer la orden que se les había dado, para que los batallones de Independencia y Bravos, con una pieza de á cuatro, se preparasen á entrar en la línea de batalla, cuando la noticia confirmada del desastre de Padierna, y las nuevas órdenes que se recibieron, no dieron lugar á que se ejecutase la salida.

En efecto, el general Tornel, cuartel maestro del ejército, había mandado comunicar desde antes la derrota de Valencia, y que las tropas enemigas avanzaban sobre la capital. Una compañía de Independencia, mandada por el primer ayudante del cuerpo D. Francisco Peñúñuri, recibió en consecuencia la orden de situarse en la torre de la iglesia de Coyoacán, y proteger desde allí la retirada.

Pronto empezaron á pasar por entre las fortificaciones de Churubusco, las tropas que verificaban su retirada por disposición del general en jefe.

Este se presentó poco después: hizo alto para mandar que se acelerase aquella, y dirigió la palabra á los generales Rincón y Anaya, haciendo la más severa crítica de la conducta del general Valencia, inculpándolo por su desobediencia, atribuyendo á su ambición y sed de engrandecimiento el desastre que acababa de ocurrir, y manifestando que había mandado fusilarlo, donde quiera que se le encontrase, en castigo de sus faltas.

Estas increpaciones que hemos expresado en un lenguaje decente, por guardar á nuestros lectores el respeto que les es debido, se hicieron en un dialecto que no puede repetirse.

Corroboró también Santa-Anna la noticia de que el enemigo venía sobre su retaguardia, y después de recomendar que se hiciera en Churubusco una defensa vigorosa, se retiró.

Las tropas continuaron también su marcha: los defensores de Churubusco, destinados al sacrificio por la salvación de los demás, vieron pasar á más de cinco mil soldados, llamados la flor del ejército, á quienes se hacía retirar sin combatir; y abandonados á sus propios esfuerzos, unos seiscientos cincuenta paisanos, mal armados, sin la instrucción necesaria, ni la energía y serenidad que se adquieren después de hallarse en varios combates, iban á arrostrar el empuje de todas las fuerzas de los Estados Unidos, victoriosas é irresistibles, y precedidas del terror que preparó todos sus triunfos, y que un conjunto de circunstancias pareció empeñado en inspirar á los de Churubusco más que á nadie.

Á las once y media de la mañana, el general Anaya, acompañado de sus ayudantes, se adelantó por el camino de Coyoacán, para cerciorarse de la proximidad de los enemigos, y recibió aviso por algunos indígenas que aban-

donaban sus chozas, corriendo despavoridos, de que las columnas de los americanos avanzaban efectivamente sobre el convento. Confirmóse de una manera indudable esta noticia por los restos de la fuerza de Independencia que se había mandado á Coyoacán con Peñúñuri, y que después de sufrir alguna pérdida, se habían replegado batiéndose en retirada, y atravesando, para salvarse, por entre el cieno y las milpas.

Sabedor de lo que pasaba, y habiendo avistado á corta distancia la vanguardia enemiga, el general Anaya volvió á Churubusco, donde ya todo estaba listo para la defensa; pero antes de referirla, haremos una ligera descripción del terreno en que se verificó.

Es Churubusco una pequeña aldea, distante dos leguas de México, situada en la confluencia de los caminos de Tlalpan y Coyoacán, formando, por decirlo así, el vértice del ángulo que representan ambas calzadas. El pueblo de Churubusco se forma de un grupo de humildes chozas de adobe, levantadas en un suelo fértil y pantanoso, donde la vegetación se desarrolla exuberante. Sus sembrados producen la caña corpulenta del maíz, y las milpas se prolongan hasta la misma iglesia y convento de Churubusco.

Este edificio, por su solidez y fortaleza, y por su situación, había sido escogido para resistir, ó por mejor decir, para contener por algún tiempo á las fuerzas enemigas. Ni podía exigirse otra cosa, si se atiende al poco auxilio que prestaba la fortificación pasajera que se había levantado, y que consistía en un parapeto construido con adobes, de cerca de ocho pies y medio de espesor, á la distancia de 20 pasos de la puerta del convento, y defendido con anchos fosos, llenos en la mayor parte de su profundidad, de agua llovediza, y de la que mana del mismo terreno. La premura del tiempo y la precipitación con que se había trabajado en las fortificaciones no había permitido que el parapeto, levantado en el frente y costado izquierdo, se extendiera al flanco derecho de la posición, ni á la azotea del convento, ni aunque donde existía estuviera acabado.

Al amanecer el día 20, no había en Churubusco un solo artillero, ni más piezas que una de á cuatro, que poco ó nada hubiera servido para contener al enemigo; pero afortunadamente al retirarse el general Santa-Anna, dió orden de que quedaran allí cinco de las piezas que llevaban sus tropas; con lo que ya se pudo hacer una resistencia más detenida.

Dispuesto, pues, todo para el ataque, los defensores de Churubusco esperaban sobre las armas que se acercaran los enemigos. Estos entretanto avanzaban sobre el convento, del que creían apoderarse á muy poca costa, pues la facilidad con que habían llegado hasta allí, les hacía presumir que nuestro ejército entero se replegaría sin combatir, hasta la capital. Debíoles confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenía de la orden expresa de los generales Rincón y Anaya, quienes para no gastar pólvora en balde, habían dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran á una distancia muy corta. Hízose así en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los norteamericanos, los obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos. Poco tardaron, sin embargo, en continuar su avance, dirigiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra más considerable sobre el costado derecho. Trábase entonces un refido combate, que el valor y los soldados de ambas naciones prolonga por algún tiempo, hasta que la pérdida de consideración de los enemigos los precisa á retroceder.

Hubo en aquella acción rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del joven D. Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el

parapeto y permaneció allí expuesto al fuego de los enemigos, alentando á sus soldados, y sin dejar un momento de victorear á la República y á los generales Rincón y Anaya. Su arrojo fué tanto más notable, cuanto que dedicado antes exclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla.

Al principio del ataque se introdujo alguna confusión en las filas del batallón Bravos, ocasionada por las bajas que tuvo de soldados muertos ó heridos por el fuego que recibían de sus compañeros de Independencia.

La mayor parte de este cuerpo cubría con su pecho el flanco derecho de la posición, enteramente descubierto por la falta de parapeto, y los soldados restantes estaban situados en la azotea del convento y en unos andamios que se habían levantado dentro de un corral, para suplir las banquetas. Las punterías bajas de los tiradores dañaban naturalmente á varios de los que defendían el parapeto. Advertida por el general Rincón la causa del desorden, mandó bajar de la altura á los tiradores situados allí, y que se incorporaran al resto de su batallón.

Como acabamos de ver, la división americana del general Twiggs, que había dado el primer ataque acababa de ser rechazada. La llegada de las otras, que apresuradamente acudían en su auxilio, no sólo le proporcionó medios de acometer de nuevo, sino que dió lugar á que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan; multiplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, y su fuego certero aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situación de esos esforzados combatientes es ya bastante crítica; su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacada por la división del general Worth, que avanza sobre las tropas en retirada de San Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones empiezan á escasear, y se prevé el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

El general Rincón había previsto desde el principio este inconveniente; por lo que estuvo mandando á los dos ayudantes que permanecieron á su lado y aun á los extraños, que se presentaban á pedir municiones al general Santa-Anna. Uno de aquellos, encargado de manifestarle que la posición había sido flanqueada, que simultáneamente la atacaban todas las fuerzas enemigas, y que escaseaban ya las nuestras y el parque, recibió por contestación que á todo se había provisto, y que se defendieran. Movido, no obstante, por lo que se le decía, mandó Santa-Anna de refuerzo unos piquetes de Tlapa y Lagos y la compañía de San Patricio. Despachó también un carro de parque, el cual resultó de diez y nueve adarmes para fusiles que no tenían este calibre; así es que la desesperación de los soldados llegó á su colmo, cuando con la esperanza de mantener el combate y aun de triunfar, se arrojaron á los cajones de parque, y despedazándolos con las manos, llevaban los cartuchos al cañón, que desgraciadamente era muy estrecho para contenerlos.

A los únicos que sirvió aquel parque, fué á los soldados de San Patricio, cuyos fusiles tenían el calibre correspondiente. Su comportamiento merece los mayores elogios, pues todo el tiempo que duró aún el ataque, sostuvieron el fuego con un valor extraordinario. Gran parte de ellos sucumbió en el combate; los que sobrevivieron, más desgraciados que sus compañeros, sufrieron luego una muerte cruel, ó tormentos horriblos propios de un siglo civilizado y de un pueblo que aspira al título de ilustrado y humano.

El cargo grave é incontestable, en nuestro concepto, que resulta al general Santa-Anna de haber desdeñado la victoria que pudo alcanzar aquel día, y abandonado á sus propios esfuerzos á los de Churubusco, se desnata-

ralizó con imputar á traición y pretender fundar ese nueve capítulo de acusación en la especie, demasiado trivial y absurda, de que algunos cartuchos que se encontraron sin bala, habían sido expresa y deliberadamente destinados á hacer ineficaz la defensa, protegiendo la causa y vidas de los enemigos, como si el general en jefe hubiera de descender á desempeñar los deberes de un guardaparque. No por eso es menos cierto que algunos cajones contenían parque de instrucción, y que varios soldados, para suplir la bala, buscaban piedras de un tamaño proporcionado.

Volvamos ahora á la relación del ataque, de la que nos han desviado las anteriores consideración.

En los momentos más empeñados de la lucha, y cuando su éxito parecía próximo á decidirse en favor de los enemigos, el general Anaya subió á la esplanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y apeándose luego, dirigió personalmente la puntería. Las chispas del lanzafuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron el parque, abrasando á cuatro ó cinco artilleros, al capitán O'Leary que la servía, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, menos el general, quien á pesar de haber permanecido ciego por algún tiempo, no abandonó el campo de batalla. Durante toda la acción se le vió siempre en el peligro, lo mismo que al sereno general Rincón, recorriendo el uno toda nuestra línea para alentar al soldado con su presencia, y fijo el otro en un lugar, para dictar sus disposiciones como jefe.

A la energía y buen comportamiento de estos dignos militares, correspondía la conducta decidida y gloriosa de sus subordinados. Los jefes, los oficiales, los soldados, competían en ardimiento y no desmayaban un punto, aunque bien conocían lo crítico de su posición.

Las acciones de denuedo se repetían cada vez que el arrojo del enemigo hacía el peligro inminente. El patriota y esforzado coronel D. Eleuterio Méndez, que había pedido para su hijo y para sí el puesto de mayor peligro, permanecía firme en ese puesto á que alcanzaban todos los tiros sin herirlo. El teniente D. José María Revilla abandona las filas de la infantería, en donde combatía sin peligro, y sirve á caballo de ayudante del general Rincón, á quien parte de los que desempeñaban á su lado esta comisión, habían abandonado. El entusiasta oficial D. Juan Aguilar y López se encuentra con una pieza que no podía servirse por falta de artilleros, y aunque sin instrucción alguna, exponiéndose á volar si no toma las precauciones debidas, se dispone á utilizar el cañón en contra de los asaltadores; llama á dos cabos de su cuerpo para que lo auxilien, y entre los tres sostienen por algún tiempo el fuego, bastante costoso al enemigo. Por último, llega allí el oficial de artillería Alvarez, y se encarga de dirigir la pieza; pero no por eso se retira Aguilar, sino que en unión de sus compañeros continúa en aquel puesto, ayudando á dispararla.

Tres horas y media había durado ya la acción, sin que los repetidos esfuerzos de los americanos les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de nuestras tropas no decae; antes al contrario, á cada momento se sienten los soldados más deseosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones estaban ya casi completamente agotadas: los respectivos jefes de los cuerpos, cuyos nombres hemos consignado en otro artículo, urgían por parque al general Rincón.

El tiroteo comienza á apagarse por nuestra parte, á proporción que el parque escasea más y más; acábase por fin, y de aquel convento que arrojaba poco antes fuego por todas partes como un castillo, no sale entonces un solo tiro, como si ninguno de sus defensores hubiera quedado en pie. El enemigo se sorprende con aquel silencio repentino, que no sabe á qué atribuir, y temeroso de que sea una estratagemata de guerra, tarda algunos minutos en decidirse á avanzar sobre el parapeto, del que

no recibe ya ninguna ofensa. Nuestros soldados por su parte, llenos de desesperación, descansaban ya en su mayor parte sobre sus armas descompuestas, y ardientes como el fuego vivo que habían despedido. Los generales Rincón y Anaya, agobiados también de tristeza, viendo que no les quedaba arbitrio para prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara al interior del convento á esperar el fallo de su suerte; pero todavía en aquellos terribles momentos en que hasta la esperanza misma parecía perdida, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperación, y su denuedo añadió nuevas víctimas á las que ya nos había costado aquella memorable defensa.

El intrépido Peñúñuri se dispone á cargar á la bayoneta sobre el enemigo, á la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo; pero apenas ha avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala lo hiere de muerte. Ni aun entonces se doblega su corazón esforzado; incapaz ya de moverse, retirado por sus amigos al interior del convento, continúa aún alentando á sus soldados, y muere por fin con la dignidad y la grandeza de los héroes.

También el patriota capitán de cazadores, D. Luis Martínez de Castro, recibía otra herida mortal al emprender abrirse paso por entre los enemigos para incorporarse á su regimiento del que había sido cortado. Martínez de Castro cayó prisionero, y sobrevivió pocos días al del ataque, á pesar de la eficacia y esmero con que se procuró su salvación. Sucumbió, dejando en el corazón de sus amigos un vacío inmenso con su muerte, que lloran la patria, la virtud y la literatura.

Replegadas ya en el convento las fuerzas, que obedecieron las órdenes de los generales, esperaron resignadas la llegada de los enemigos, que por último se habían resuelto á avanzar. El primero que se presentó sobre el parapeto fué el valiente capitán americano Smith, del 3º de línea, quien dió aquel ejemplo de valor á cuantos le seguían. Y no menos magnánimo y generoso que audaz, apenas se cercioró de que ya por nuestra parte no se hacía resistencia, enarboló bandera blanca é impidió que la turba salvaje que lo acompañaba, cebara su furor en los vencidos.

El patriotismo y la sociedad se horrorizan, al contar entre los vencedores que hacían su entrada triunfal en Churubusco una cuadrilla de bandidos, que con el nombre de *contraguerrilleros* capitaneaba el famoso Dominguez, y que como auxiliares del ejército americano hacían la guerra á su patria con más encarnizamiento que los mismos enemigos. El general Anaya, ya prisionero, impelido de un sentimiento de execración y horror, apostrofó al insolente cabecilla llamándole traidor, con riesgo de su propia vida.

Un clamoreo general había anunciado la llegada de Twiggs, quien saludando cortés y marcialmente á los generales y oficialidad mexicana, arengó á los suyos encomiando su valor y recomendando á los prisioneros. Estos, en aquella esforzada defensa, habían acertado veintidos tiros al pabellón americano que llevaba Twiggs en las manos despedazado. Un momento después flameaba en el convento de Churubusco, y presidía á la escena de muerte, desolación y llanto, que aquella religiosa mansión, tan sosegada y tranquila en otro tiempo, presentaba el 20 de Agosto de 1847.

Nota.—En el tiempo de la administración del general D. Antonio López de Santa-Anna se suscitó en los periódicos una polémica sobre la exactitud de estos hechos, en que tomaron parte, como era natural, varios oficiales del regimiento de Independencia. Estos fueron arrestados, y aun confinados algunos al castillo de Perote; y lo que es más, se prohibió con graves penas la obra de que se han tomado los dos últimos artículos, á cuyos autores se convirtió en objeto de execración pública. Posteriormente, después del triunfo del plan de Ayutla que derrocó aquella administración, se ha expedido un de-

creto para que se levante en dicho pueblo una columna de honor á la memoria de los valientes veteranos y nacionales que perdieron allí gloriosamente sus vidas, defendiendo la libertad de su patria.—J. M. D.

Churubusco. Río del Distrito Federal. (Véase Magdalena).

Churumuco. Pueblo cabecera de municipalidad del Distrito de Ario, Estado Michoacán, con 791 habitantes. Este lugar es además un famoso mineral de cobre, cuyos frutos se conducen en mulas hasta Santa Clara y Ario, que es donde se funden y labran; es muy general el error de creer que en estos dos puntos existen las minas de este metal. Churumuco tiene una población de 1,500 vecinos; regulares iglesias y fincas urbanas. Se halla situado á 5 leguas E. de Sinagua y á 24 leguas al S. de Ario, en la margen derecha del río de las Balsas, á 25 leguas de la desembocadura. La población que es de tiempo inmemorial, fué destruida en 1810, durante la guerra de insurrección, y reedificada por los indígenas en 1820.

Churumuco. Cerros con mineral de cobre, en la ori-

rilla derecha del río de las Balsas, Distrito de Ario, Estado de Michoacán.

Chutel. Hacienda de la municipalidad de Zitalhá, departamento de Chilón, Estado de Chiapas.

Chutitán. Rancho de la municipalidad de Tepaltepec, Distrito de Apatzingán, Estado de Michoacán, con 23 habitantes.

Chutla. Rancho del municipio y partido de la Unión Estado de Guerrero. (Véase Achiotlán).

Chuviscar. Pueblo sección municipal del Distrito de Iturbide, Estado de Chihuahua, á 12 kilómetros al S.O. de la capital.

Chuviscar. Río que nace al Occidente de la ciudad de Chihuahua, dirige su curso al E., pasando por la capital, hacienda de Tabaloapa y Villa de Aldamas, uniéndose al Conchos en terrenos de la hacienda de Babilizas.

Chuvisquillar. Rancho del Distrito de Iturbide, Estado de Chihuahua.

Chuytab. Finca rústica de la municipalidad de Calotmul, partido de Tizimín, Estado de Yucatán.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.